

L.SPRAGUE DE CAMP

*Lovecraft*  
*una biografia*



Pocos escritores han tenido una vida tan paradójica como el excéntrico y solitario «escritor de espantos» de Providence, considerado por todos como el gran maestro del horror sobrenatural. El estudio biográfico de Sprague de Camp narra de forma fascinante los extraños hábitos de Lovecraft, su tragicómica carrera literaria y conyugal, su decisivo papel en el origen del fandom de ciencia ficción y de terror, y cómo sus pesadillas, sueños y neurosis llegaron a entremezclarse con el hilo narrativo de sus historias, contribuyendo a cimentar la leyenda que surgió después de su muerte.

*A la memoria de los tres mosqueteros de Weird  
Tales*

ROBERT E. HOWARD  
H. P. LOVECRAFT  
Y CLARK ASHTON SMITH

## PREFACIO

*P*OR dos razones no llegué a conocer a H. P. Lovecraft. Primero, porque empecé a escribir sólo al año siguiente de su muerte, en 1937. En segundo lugar, porque rara vez leí *Weird Tales*, que fue casi su único cauce profesional, hasta casi una década después. ¡Ay!, en el verano de 1932, estuve en Boston, a una hora de su casa, siguiendo los cursos de graduado en M.I.T. Si lo hubiese sabido ...

Durante el período de 1946-60 empecé a tener noticias, poco a poco, de Lovecraft. También me enteré de la existencia de otros miembros del círculo Lovecraft-*Weird Tales*, especialmente de Robert E. Howard. Aunque me gustaba la ficción de Lovecraft, los relatos de Howard se acercaban más a esa especie de fanfarrona fantasía-aventura con la que ahora disfruto leyendo y escribiendo. Más tarde, asumí la misión de completar, reescribir y preparar varios relatos no publicados de Lovecraft; pero ésa es otra historia.

Hace unos años reuní material sobre Lovecraft y sus colegas para una serie de artículos de revista, «Literary Swords-men & Sorcerers». Para este proyecto contaba con la ayuda y el aliento de August W. Derleth, de Sauk City, Wisconsin, quien más o menos solo ha mantenido vivo el nombre de Lovecraft, y ha impreso sus libros desde su muerte.

Como sabía que Derleth se proponía escribir una biografía completa de Lovecraft, no se me ocurrió emprender

semejante tarea. Pero Derleth murió repentinamente el 4 de Julio de 1971, y la biografía ha quedado sin escribir. Dado que yo había acumulado muchas cartas y publicaciones de y sobre Lovecraft, parecía lógico por mi parte acometer tal empresa.

Me parecía que, aun cuando no había conocido a Lovecraft, tenía una ventaja sobre Derleth. Pues mientras Derleth admiraba a Lovecraft hasta la idolatría, yo sentía que podía abordar el tema con más objetividad. Si tenía razón al pensar así, es cosa que corresponde juzgar al lector.

Cuanto más ahondaba en la vida de Lovecraft, más fascinante la encontraba. Veía en él algunos de mis propios defectos, en lo que espero sea una forma exagerada. El leer sobre sus muchos errores y desventuras me produce un sentimiento de «libreme-Dios».

No pretendo comprender completamente a H.P. Lovecraft. Es difícil para quien está orientado hacia el futuro más que hacia el pasado, tiene un entorno físico distinto, no ha sentido nunca nostalgia, y no añora especialmente los escenarios de su juventud, comprender a un hombre que ha sufrido una aguda, eterna añoranza por la casa de su abuelo de Angell Street.

A mi juicio, el autor medio no es tema muy interesante para una biografía. La mayoría de los escritores se pasan la vida tecleando en sus máquinas de escribir, año sí año no, salvo cuando sus familias les llevan a rastras a pasar unas semanas de vacaciones forzosas.

Esto no quiere decir que los autores encuentren la vida aburrida. A menudo son entusiastas de su oficio. Pero sus fascinantes aventuras y descubrimientos tienen lugar, la mayoría de las veces, dentro de sus propias cabezas, por lo que no son válidas para el biógrafo.

Sin embargo, la autobiografía de un escritor puede ser muy interesante, cuando expone sus propios procesos

mentales y sus experiencias emocionales. Aunque Lovecraft no escribió nunca una verdadera autobiografía, hizo en cambio lo que mejor podía sustituirla. Consignó su historia personal y sus pensamientos íntimos en cartas, de las que escribió un número increíble: 100.000, según una estimación. Aunque muchas han desaparecido, aún existen miles en los archivos de la Universidad Brown, en colecciones particulares, y publicadas.

Por la razón que sea, he leído miles de estas cartas, la gran mayoría en la letra original de Lovecraft. Si Lovecraft no hubiese dedicado tanto tiempo a la correspondencia, podría haber escrito más éxitos resonantes; pero entonces yo no habría podido escribir sobre él con tanto detalle.

Al preparar este libro, he contado con la generosa ayuda de muchos colegas y admiradores de Lovecraft. Particularmente, debo dar las gracias a:

Irving Binkin, por dejarme utilizar la colección de textos lovecraftianos de Phillip Jack Grill, y proporcionarme fotocopias de centenares de páginas de cartas y publicaciones de aficionados, así como la fotografía de la familia Lovecraft.

La biblioteca de la Universidad Brown, por la utilización de copias de numerosas cartas, publicaciones y fotografías de H. P. Lovecraft, tanto suyas como hechas por él;

Mi esposa, Catherine Crook de Camp, por robar tiempo a su propio trabajo literario profesional, para preparar mi manuscrito;

Frank Belknap Long, por revisar gran parte del manuscrito y someterse a prolongadas entrevistas acerca de sus recuerdos sobre Lovecraft.

Ethel Phillips Morrish (*Mrs. Roy A. Morrish*), prima y heredera de Lovecraft, por su permiso a citar ad libitum pasajes de cartas de Lovecraft y facilitar antecedentes sobre la familia Phillips.

Sam Moskowitz, por permitirme utilizar su inestimable colección de viejas revistas, incluidas las de *Weird Tales* y las de *Munsey*; y a Henry L. P. Beckwith, Kenneth W. Faig Jr., Donald M. Grant, y Barton Levy St. Armand, que me enseñaron *Providence* y *Rhode Island*; leyeron y criticaron todo o parte del manuscrito, y contestaron a muchas preguntas sobre Lovecraft y su entorno.

Doy las gracias también a las siguientes personas, por las distintas ayudas que me han prestado, tales como contestar a preguntas, darme permiso para efectuar citas, y facilitar copias de cartas, publicaciones y fotografías: Forrest J. Ackerman, Janet Jeppson Asimov, Jacques Bergier, Edward P. Berglund, Robert Bloch, Harry Brobst, Lin Cárter, David Chavchavadze, Edward Sherman Colé, Willis Conover, William L. Crawford, Gerard B. Crook, Gerry de la Ree, Arthur P. Demers, el difunto August Derleth, el Rev. John T. Dunn, Steve Eng, Christopher Evans, Jacques Ferron, Harry O. Fischer, Robert M. Fischer, Alfred Galpin, Theodore Grieder y Richard J. Schaubeck Jr., de las Bibliotecas de la Universidad de Nueva York, Robert C. Harrall, Forrest D. Hartmann, Robert W. Kenny, Lawrence Kunetka, Jerry A. Lawson, Fritz Leiber, Maurice Lévy, Glenn Lord, Samuel Love-man, Rochará Mohr, Harry O. Morris Jr., Dirk W. Mosig, Vrest Orton, Emil Petaja, Edgar Hoffmann Price, William Pugmire, W. Peter Sax, James Schevill, Roy A. Squires, John H. Stanley y la difunta Christine D. Hathaway de las bibliotecas de la Brown University, Kenneth J. Sterling, Wilfred B. Taiman, Oswald Train, Sheldon y Helen Wesson, George T. Wetzel y Sheila J. Woodward.

L. SPRAGUE DE CAMP  
Villanova, Pennsylvania  
Agosto de 1974

Nota<sup>[0]</sup>.

# 1. COLLEGE HILL

*Where hay and tranquil river blend,  
And leafy hillsides rise,  
The spires of Providence ascend  
Against the ancient skies,*

*And in the narrow windling ways  
That climb o'er slope and crest  
The magic of forgotten days  
May still be found to rest<sup>[1]</sup>*

LOVECRAFT

EN una enorme casa de madera con tres plantas, en Providence, Rhode Island, vivía Whipple Van Burén Phillips con su esposa y dos hijas solteras. El tercer piso, cuyos hastiales y buhardillas miraban en todas direcciones, albergaba a cuatro criados. La casa se alzaba en un espacioso parque de cuidados paseos, emparrados, árboles, un huerto y una fuente; y detrás de la casa, un cobertizo albergaba el coche de los Phillips y sus tres caballos.

Además de las comodidades de la vida americana de clase en los años 1890, la casa del 454 de Angell Street<sup>[2]</sup> incluía una biblioteca de 2.000 libros, algunos de los cuales tenían siglos. Whipple Phillips y su esposa Robie eran per-



sonas instruidas. Robie Phillips, que había recibido una buena formación para su época, tenía gran interés por la astronomía y coleccionaba libros sobre el tema.

A esta casa, a finales de la primavera o principios del verano de 1893, vino a vivir la hija segunda de los Phillips, Susie Phillips Lovecraft, con su hijo de dos años, Howard.

Susie había estado viviendo con su marido. Winfield Scott Lovecraft, en las afueras de Boston; pero el marido se había convertido en un loco violento y le habían ingresado en un sanatorio para enfermos mentales. El golpe que supuso para Susie el desmoronamiento de su marido, al parecer, desencadenó en ella un deterioro mental que prosiguió hasta su muerte, veintiocho años más tarde. Entre sus indulgentes abuelos y tías, y su madre neurótica, el joven Howard Lovecraft tuvo, efectivamente, una educación muy singular.

Años más tarde, a H. P. Lovecraft le gustaba hablar del talento de su madre: lo bien que cantaba y tocaba el piano, cómo pintaba, y sus conocimientos de francés. Las personas que la conocieron después de la muerte del marido, sin embargo, hablan de manera muy diferente. Albert A. Baker, abogado de la familia, la llamaba la «hermana débil». El psiquiatra del Butler Hospital, donde ingresó ella en 1919 durante su última enfermedad, la calificó de «mujer de limitados intereses, que recibió con una psicosis traumática, la noticia de la inminente quiebra<sup>[3]</sup>».

Sin su marido, Susie se obsesionó con la idea de que el pequeño Howard era cuanto tenía. Puesto que sus limitados intereses se concentraban ahora en su hijo, protegió, mimó, consintió y malcrió al niño hasta un grado que el más acérrimo abogado de la educación tolerante habría juzgado excesivo. Aplanó los nudos ornamentales de la mecedora victoriana en la que solía acunarse mientras le cantaba tonadas de *Pinafore* y *The Mikado* para que no se hiciese daño con ellos. Además:

Durante sus vacaciones de verano, en Dudley, Massachusetts, la señora Lovecraft se negaba a cenar en el comedor, para no dejar solo a su hijo dormido durante una hora, en el piso de arriba. Cuando una pequeña instructora, la señorita Sweeney, sacaba al distinguido jovencito a dar un paseo, cogido de la mano, la madre de Howard le mandaba que se inclinase un poco, no fuese a arrancarle el brazo. Cuando Howard pedaleaba en su triciclo por Angell Street, la madre iba a su lado, con una mano protectora puesta sobre su hombro<sup>[4]</sup>...

Susie dejaba que su hijo comiera lo que quisiese. A consecuencia de esto se volvió un ávido consumidor de dulces y helados, en vez de alimentos más saludables, y nunca venció sus infantiles aversiones hacia el pescado y algunas verduras corrientes. Le dejaba levantarse y acostarse cuando quisiera; se convirtió en una criatura nocturna a la que raramente veían durante el día; cuando tenía siete años, ella le confiscó un ejemplar de la novela de H. G. Wells, *La isla del Doctor Moreau*, no fuese que sus horrores dañaran sus delicados nervios.

Susie Lovecraft había deseado ardientemente tener una niña; había empezado un arca de vestidos para cuando esto sucediera. De ahí que favoreciese persistentemente las características de su hijo que consideraba femeninas. Le vestía con ropas estilo Lord Fauntleroy, y trataba deliberadamente de feminizarle. De pequeño, Lovecraft insistió durante algún tiempo: «Soy una niña<sup>[5]</sup>».

Era un niño de ojos castaños y largos y dorados bucles. Cuando los Lovecraft se hospedaron con una familia llamada Guiney en Massachusetts, estos bucles indujeron a la señora Guiney a llamarle «rayito de sol». Susie le hizo llevar bucles hasta los seis años, aunque él empezó a quejarse de ellos a la edad de tres. Durante algún tiempo, Susie le apa-

ciguó mostrándole retratos del siglo XVIII del *Spectator*, que representaban a hombres maduros con cabello largo y calzón corto, como él. Aquí se inició su inveterado entusiasmo por el barroco, aunque no se reconcilió con los bucles. Por último, al cumplir los seis años, Susie tuvo que ceder a sus quejas. Llorando amargamente, le cortó el pelo<sup>a en la [6]</sup>.

A partir de entonces, cosa extraña, evitó todo contacto físico con el chico, y decía a la gente que era feo. Mucho tiempo después, Lovecraft confesó a su esposa que la actitud de su madre hacia él había sido «devastadora». Su tía Lillian le contó a una amiga suya «que han sido muy tontos con la superprotección con que han rodeado al chico, incluso hasta los treinta años»<sup>[7]</sup>. Pero era demasiado tarde ya para hacer nada al respecto.

Howard Lovecraft fue, además, un niño muy precoz, de memoria asombrosa. Conocía las letras a los dos años, leía a los tres, y escribía a los cuatro. Pronto empezó a leer por su cuenta en la biblioteca de los Phillips.

Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) llama la atención de todo amante de la literatura imaginativa, no sólo por sus historias enormemente originales, su dilatada influencia y su posición clave en el género, sino también por su extraña personalidad. Encarnaba más contradicciones de las que uno puede imaginar que quepan en un solo ser humano.

Cuando Lovecraft murió era casi desconocido fuera del reducido círculo de amigos, corresponsales y conocedores de la literatura fantástica. No se había publicado profesionalmente un solo libro con sus historias, aunque sus amigos habían hecho infructuosos esfuerzos de aficionado por imprimirlos. El libro *Rhode Island, a Guide to the Smallest State*, publicado el año de su muerte por el Federal Writer's Project, no menciona a Lovecraft en su capítulo sobre los escritores de Rhode Island. Ni tampoco el folleto turístico

del *Providence Journal*, *Visitar Providence*. El propio Lovecraft se consideraba a sí mismo una completa calamidad, un «total fracaso».

Sin embargo, treinta y tantos años después, las obras de Lovecraft se venden a cientos de miles. Los coleccionistas pagan de 30 a 100 dólares por cada una de sus cartas. Ha servido de argumento para una obra de teatro, y ha sido tema de cinco tesis doctorales.

Lovecraft ha sido traducido a diez o más lenguas extranjeras y equiparado, especialmente en los países latinos, a Edgar Allan Poe. Un escritor español, José Luis García, sitúa a Lovecraft entre los diez mejores escritores de todos los tiempos. Michel de Ghelderode, de Bélgica, le coloca entre los cuatro más grandes de América, siendo los otros tres Poe, Bierce y Whitman. Stephen Vincent Bener se unió a Jean Cocteau y a André Billy, de Francia, en sus alabanzas a la obra de Lovecraft<sup>[8]</sup>. El domingo, 5 de agosto de 1973, el periódico de Buenos Aires *La opinión* dedicó todo su suplemento cultural a Lovecraft.

Lovecraft lamentaba su propia falta de talento; sin embargo, toda su vida se autoimpuso barreras entre él y sus metas. Condenaba la afectación y las poses, pero era el mismísimo príncipe de los *poseurs*. Le gustaba considerarse un viejo recluso, y cuando escribía a sus tías las llamaba «mi querida hija» y «mi querida nietecita», y firmaba sus cartas «Abuelo».

Adoptaba el lenguaje, las actitudes e incluso la escritura («antient», «publick», «ask'd») de un *tory* inglés del siglo XVIII, o de un realista colonial cuando menos. Terminaba sus cartas con exclamaciones como «¡Dios salve al Rey!», y una vez apareció con tricornio en una fotografía de un periódico local. Cuando su amigo Morton le tachó de *poseur*, él replicó blandamente: «Pero ¿a que es una pose artística?»<sup>[9]</sup>.

Una vez visitó el monumento a los primeros coloniales

caídos en la revolución, en Lexington. Massachusetts. Al preguntársele si no había sentido ninguna reacción emocional, replicó: «¡Por supuesto que sí! Me acerqué y exclamé en voz alta: ¡Así perecen todos los enemigos y traidores a Su legítima Majestad el Rey Jorge III!»<sup>[10]</sup>.

Materialista filosófico, tenía un sólido conocimiento de las ciencias y un profundo respeto por el método científico. Sin embargo, estaba lleno de teorías raciales pseudocientíficas. Cantaba la «infinita superioridad de los arios teutónicos» y «el vigoroso grito del guerrero de ojos azules y barba rubia»<sup>[11]</sup>; aunque personalmente distaba mucho de parecerse a un fornido saqueador vikingo, como uno puede imaginar.

A pesar de jactarse de ser un guerrero nórdico sediento de sangre, y de sus historias sobre gules, caníbales y cadáveres putrefactos, era tan escrupuloso que, cuando atrapaba un ratón, tiraba el cepo también para no tocar su diminuto cadáver. Impenitente nacionalista beligerante, se sentía tan abrumado por los remordimientos porque una vez, siendo joven, había matado una ardilla, que no volvió a cazar más.

La mayoría de la gente que cambia de opinión política, empieza como liberal o radical y acaba haciéndose conservador con los años; Lovecraft empezó como ultraconservador para volverse después socialista liberal y ferviente admirador de Franklin D. Roosevelt.

Lovecraft escribió: «... mi odio hacia el animal humano crece a oleadas cuantos más miserables veo»; y su esposa decía: «creo que odiaba a la humanidad en abstracto»<sup>[12]</sup>. Sin embargo, para proclamarse misántropo, reunió una maravillosa colección de amigos fieles. Todos ellos le describían como una de las personas más amables, generosas y desinteresadas que habían conocido.

Hasta los últimos años de su vida, Lovecraft fue etnocéntrico hasta la manía. En abstracto, odiaba a los extranje-

ros, inmigrantes y gentes de otras razas a quienes llamaba «ratas miserables de *ghetto*» y «mestizos orientales de hocico de rata y ojillos de abalorios»<sup>[13]</sup>. Cuando vivía en Brooklyn y se enteró de que su vecino era sirio, reaccionó como el hombre que descubre una serpiente cascabel en su bañera.

Sin embargo, después de conocer a algunos miembros de esta raza odiosa, se comportó siempre amable, cortés, generoso y afectuoso con ellos, como lo era con los anglosajones. A pesar de toda su cacareada antipatía hacia los judíos, se casó con una judía y contó con un judío entre sus amigos más allegados. En sus últimos años, Lovecraft abandonó prácticamente todas sus fobias étnicas y atacó las mismísimas opiniones de que antes había hecho gala.

Lovecraft daba buenos consejos en cuestiones literarias, pero no los tenía en cuenta para sí mismo. Aconsejaba a los poetas noveles que evitasen afectaciones tales como palabras y ortografía arcaizantes, mientras que él componía en un estilo de los tiempos de la buena reina Ana. Les instaba a no caer en «excesos barrocos», aunque los críticos encontraban sus propias obras cargadas de tales excesos.

Advertía a un joven amigo contra su ilusión de que el mundo se lo debía todo por su talento literario y gusto artístico<sup>[14]</sup>. Pero Lovecraft actuó toda su vida como si se lo debiese a él. Asumió el papel de aristócrata venido a menos que no quería comprometer sus principios caballerescos por vulgares motivos mercenarios.

Arremetía contra el «sentimentalismo empalagoso<sup>[15]</sup>» en la literatura; pero si había alguien empalagosamente sentimental con su propia niñez y sus recuerdos, ése era H. P. L.

Detestaba los desórdenes y desviaciones sexuales. Sin embargo, su propio acercamiento al sexo fue tan melindroso y cohibido que, sumado al elevado timbre de su voz, y a lo que incluso su gran amigo Galpin ha llamado sus «moda-

les afectados»<sup>[16]</sup>, alguien podría haber puesto en duda también su orientación sexual.

Aunque indudablemente amó a Sonia, la mujer de su corta vida conyugal, la verdadera aventura amorosa de su vida la tuvo con la ciudad de Providence; o sea, con la ciudad material —las casas y las calles—; no con la gente, que le importaba bien poco, y la cual le ignoraba casi por completo. Esta pasión le mantuvo anclado en Providence casi toda su vida, aunque padecía una dolencia que le hacía hipersensible al frío de los inviernos americanos.

Un crítico llamó a Lovecraft «una complicada mezcla de inválido neurasténico y superhombre nórdico; de arrogante *poseur* y solitario desambientado, de fantasista cósmico y riguroso materialista científico; erudito, burlón e investigador, enemigo de la vida y amante que nunca encontró un objeto digno al que ofrecer su amor, salvo en la forma indirecta de esas cartas torrenciales, impulsivas, que reclaman y rechazan ese afecto que era... simplemente su derecho como ser humano»<sup>[17]</sup>.

Este retrato no es desatinado en general, aunque se equivoca en su selección. Omite muchas cualidades positivas, tales como su aguda inteligencia, sus vastos conocimientos, su sensibilidad artística, su rigurosa probidad, su encanto, cortesía y amabilidad personales.

Sus rarezas le hacen parecer un antipático extravagante. Sin embargo, los que llegaban a conocerle, predispuestos en su contra, se sentían cautivados. En 1920, un periodista aficionado colega suyo, George Julián Houtain, fue a visitarle, y escribió:

En cierto modo, jamás había sentido deseos de conocer a Lovecraft; tenía la impresión de que era pesado y pomposo... El representa todas las cosas que yo detesto; sin embargo, desde el momento en que le conocí, sentí una profunda simpatía hacia